

LOS MISTERIOS DE DIOS

Hugo Bouter

Los misterios de Dios

La revelación de los secretos del corazón de Dios en el Nuevo Testamento



Los misterios de Dios

La revelación de los secretos del corazón de Dios en el Nuevo Testamento

Autor: Hugo Bouter

Diseño: Jan Paul Spoor

Traducción: David Sanz

Copyright© OudeSporen online publishing

Primera edición 2021

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo la fotocopia grabación o almacenamiento en cualquier sistema de recuperación de información, sin autorización escrita de los editores.

*“Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta,
la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria.”*

*‘Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu.’
‘Así, pues, téngannos por servidores de Cristo, y
administradores de los misterios de Dios.’*

1 Corintios 2. 7-10; 4. 1



Contenido

Introducción	8
1. El misterio de la voluntad de Dios.....	9
2. El misterio de la piedad	10
3. El misterio de Cristo y de la Iglesia	12
4. El misterio del Rapto	14
5. El misterio de la iniquidad	15
6. Misterios del Reino y el misterio de la gran Babilonia.....	17
7. El misterio de la restauración de Israel.....	19

Introducción

En este libro examinaremos en detalle aquellos misterios del Nuevo Testamento (cosas ocultas) que tienen que ver con la Iglesia o Asamblea de Dios. El Espíritu Santo ha revelado las cosas profundas de Dios por medio de Su Palabra, las que llenaban Su corazón antes de la fundación del mundo. El tema principal de todo ello es Cristo y Su Iglesia. Desde la eternidad, Dios ha estado ocupándose de Su Hijo amado y Su esposa celestial. Una vez descendido el Espíritu Santo – tras ser glorificado Cristo a la derecha divina –, ha inspirado a los apóstoles para que revelaran las cosas ocultas de Dios, los secretos de Su corazón. Por Su infinita gracia hemos podido conocer Sus pensamientos más profundos en los escritos del Nuevo Testamento.

No es de extrañar que estas cosas se denominen misterios, pues nunca fueron reveladas en el Antiguo Testamento. Las verdades que conciernen a Cristo y a la Iglesia, como Su cuerpo y Su esposa, las ha manifestado el Espíritu a Sus santos apóstoles y profetas (Ef 3:5). Puede que haya una segunda razón por la que el Nuevo Testamento hace hincapié en su carácter oculto. Estos temas solo pueden ser conocidos por la fe, su gloria no es aún visible. Cuando Cristo aparezca con los Suyos en esta gloria, se comprenderá la repercusión que habrán tenido los consejos de Dios en ellos (2Ts 1:6-10; Ap 19).

Gouda, Países Bajos

Primavera de 2021

H. Bouter

1. El misterio de la voluntad de Dios

Cristo es el centro de los pensamientos y consejos de Dios. Dios le ha exaltado como Cabeza de todas las cosas, y a Él se las ha sometido. Adán, el primer hombre, fracasó, pero Dios ha encontrado Su deleite en el segundo Hombre y ha hecho que se siente a Su derecha en el cielo. Su nombre será prominente allí y en la tierra, aunque esto constituya hoy un misterio. La supremacía de Cristo se manifestará en un día venidero: «Pero ahora todavía no vemos todas las cosas sometidas a él». Continúa el autor: «Vemos a Jesús, hecho un poco menor que los ángeles, coronado de gloria y honor por el sufrimiento de la muerte». Él está esperando a la diestra de Dios a que Sus enemigos sean puestos por escabel (He 1:13; 2:5-9).

Dios ha revelado este misterio de Su voluntad a los Suyos, pues la Iglesia participará con Cristo en el dominio que Él ejercerá sobre las cosas. La Iglesia del Dios vivo es Su cuerpo, una con Él, Cabeza de la nueva creación. Le está inseparablemente unida. Él no gobernará sobre ella, sino que ella gobernará con Él sobre todo lo creado.

Los creyentes son herederos de todos Sus bienes: son coherederos con Cristo (Ro 8:17), por lo tanto Dios hace partícipes a los coherederos de lo que ha dado a Su Hijo, el Heredero: «Y puso todas las cosas bajo sus pies, y le dio por cabeza de todas las cosas a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Ef 1:9-12; 22-23).

2. El misterio de la piedad

La revelación de nuestro Señor Jesucristo y Su glorificación en el cielo forman el núcleo de este misterio divino, como leemos en 1Ti 3:16:

«No hay duda de que es grande el misterio de nuestra fe: él se manifestó como hombre; fue vindicado por el Espíritu, visto por los ángeles, proclamado entre las naciones, creído en el mundo, recibido en la gloria.»

Este misterio está relacionado con la enseñanza sobre la verdad de la casa de Dios (v 15). Para que la Iglesia de Dios pueda ser columna y fundamento de la verdad, Cristo debe ocupar el lugar que le corresponde. Él es el gran Centro del testimonio que sale de esta casa. Su Persona y obra deben estar presentes en los corazones de los creyentes y en su servicio hacia Dios, ya que el misterio de la fe debe mantenerse con una conciencia pura (1Ti 3:9). Solo cuando Cristo es engrandecido por los creyentes se hace evidente quién es Dios y dónde mora.

Cristo conforma el centro de la verdad celestial que la Iglesia de Dios proclama. Tanto Su divinidad como humanidad, unidas en una sola persona, son reconocidas y admiradas por la fe. Dios se ha manifestado en carne. El Verbo se encarnó y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad. Él es el segundo Hombre, el último Adán, el Señor del cielo (1Co 15:45-47). El Espíritu Santo reconoció y selló Su perfecta humanidad (justificado en el Espíritu). Los ángeles también le admiraron y le sirvieron, puesto que vieron en Él la maravillosa sabiduría de Dios (visto por los ángeles). La gracia de Dios se reveló a un mundo perdido, y el mensaje de salvación se predicó entre los gentiles. No se limitó simplemente a los judíos, aunque fueran el pueblo de Dios.

Y así, Él pasó a ser el objeto de la fe en todo el mundo tras haber sido glorificado en el cielo (recibido con gloria). Un día volverá para asumir su reinado mesiánico en la tierra. Mientras, estamos unidos al Señor celestial. Él es la cabeza de Su cuerpo, la Iglesia.

3. El misterio de Cristo y de la Iglesia

El Señor también confió la predicación del misterio de la Iglesia al apóstol Pablo. Jesús le llamó desde el cielo cuando aquel iba de camino a Damasco. Pablo no le conoció según la carne, como les había sucedido a los otros apóstoles, sino que se encontró con Él cuando él mismo perseguía a los santos. A partir de entonces, aprendió a conocerle como el Señor glorificado, Aquel que tiene un cuerpo en la tierra y del cual es la Cabeza celestial. Los miembros individuales de este cuerpo son los creyentes de entre judíos y gentiles. Hemos sido unidos por el vínculo del Espíritu en un solo cuerpo y también estamos unidos al Señor Jesús, la Cabeza del cuerpo (1Co 12:12-14; Ef 4:1-16; Col 1:18).

Hubo un largo silencio en cuanto a este misterio durante siglos, pero ahora se ha manifestado y, por medio de las Escrituras proféticas, se ha revelado para la obediencia de la fe a todas las naciones (Ro 16:25-26). Mediante una revelación especial, Pablo conoció este misterio que en otras generaciones no se había dado a conocer a los hijos de los hombres como ahora se ha revelado a sus santos apóstoles y profetas. Sacó a la luz lo que llamamos la administración del misterio que se ocultaba todo este tiempo en Dios (Ef 3:2-12). Este misterio, referido a Cristo y la Iglesia, es profundo (Ef 5:32).

La revelación de este misterio apunta al propósito final de la Palabra de Dios (Col 1:25). Estaba oculto desde hace siglos y generaciones, pero ahora se ha manifestado a los santos, a quienes Dios quiso revelar las riquezas de la gloria de dicho misterio entre los gentiles (Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria). En Colosenses el énfasis recae en Cristo, la esencia del misterio. El apóstol pide oración en el capítulo 4

para anunciar el misterio cristiano y, al mismo tiempo, se refiere a él como el misterio de Dios. Dios Padre es su origen, y estaba oculto en Él desde siempre (Col 4:3, 2:2; Ef 3:9).

El contenido de este misterio recae más en la Iglesia en la carta a los Efesios. Ocupa en esta epístola un lugar especial como tema del único cuerpo, del nuevo hombre y de la unión a Cristo como Cabeza celestial. En Colosenses también se menciona el cuerpo, pero toda la atención está puesta en la Cabeza. Cristo es cabeza del cuerpo, la Iglesia, y estamos llamados a sujetarnos a ella (Col 1:18; 2:19). En Romanos 12 y 1Corintios 12, Pablo habla ampliamente de la Iglesia como cuerpo de Cristo. Hay un solo cuerpo, pues por un solo Espíritu todos fuimos bautizados en un único cuerpo. Y los creyentes que se encuentran en un lugar determinado forman la expresión local del cuerpo: «Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y los miembros individualmente» (1Co 12:27).

También la cena del Señor es el medio de experimentar la unidad del cuerpo de una manera práctica. Es extraordinario ver que solamente Pablo lo mencione en 1Corintios. El único pan habla del único cuerpo: «El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Porque nosotros, siendo muchos, somos un solo pan y cuerpo; pues todos participamos de ese único pan» (1Co 10:16-17). Al comer el pan, proclamo ser miembro del cuerpo. El pan nos recuerda a nuestro bendito Señor, que sufrió la muerte y dio Su vida por nosotros.

Asimismo, simboliza el cuerpo místico formado por el Espíritu el día de Pentecostés, del que Cristo es la cabeza resucitada.



4. El misterio del Rapto

El apóstol Pablo habló del carácter de la Iglesia para la época actual y de su futuro glorioso. El Espíritu de Dios le utilizó para declararnos todo el consejo divino (Hch 20:27). La Iglesia se completará en dos etapas:

- En primer lugar, ocurrirá la resurrección de los santos ya muertos.
- Los que aún sigan vivos serán transformados en un momento, en un abrir y cerrar de ojos.

Seremos arrebatados juntos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire, y de esta manera estaremos siempre con Él (1Co 15:51-52; 1Ts 4:15-18). Ambos grupos serán conformados al Señor y se unirán con el Resucitado en la gloria.

La unión del Señor con los Suyos —una clara realidad espiritual desde ahora— podrá verse entonces de manera plena: «Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos con ansia al Salvador, el Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo humilde para que sea conforme a su cuerpo glorioso» (Fil 3:20-21).

5. El misterio de la iniquidad

La Iglesia profesante ha ido evolucionando de un modo negativo, con un aumento de la rebeldía y la desobediencia a la Palabra de Dios revelada. Esto lo confirman las cartas del Señor resucitado a las siete iglesias en Apocalipsis 2 y 3. También se llama a esto un misterio en el capítulo uno, concretamente el misterio de las siete estrellas y de los siete candelabros.

En realidad, el misterio de la iniquidad ya está en acción, como nos dice el apóstol Pablo en el capítulo dos de su segunda carta a los tesalonicenses. En los últimos días se producirá una gran apostasía, una disipación general que culminará con la revelación del hombre de pecado, el anticristo, que se sentará como si fuera Dios en el templo. Se proclamará a sí mismo como tal y aceptará la adoración de sus seguidores (Jn 5:43; 1Jn 2:22). Quien ahora frena la iniquidad y la revelación del hombre de pecado es el Espíritu Santo, que retiene el avance del mal hasta que Él sea quitado de esta escena junto con la Iglesia glorificada a la venida de Cristo (1Ts 4:13-18).

La ruina de la Iglesia solo puede entenderse cuando observamos su fracaso como casa de Dios y testigo del Señor (1 y 2 Ti). Sin embargo, como cuerpo no está sujeta al fracaso y la ruina. Estamos completos en Cristo, nuestra Cabeza celestial, aunque seamos nosotros los que tenemos la responsabilidad de permanecer firmes en ella y seguir la guía del Espíritu en toda la verdad. La Iglesia ha fallado en su testimonio; en este punto es donde entra el fracaso humano. La casa de Dios se ha convertido en una casa grande, donde hay vasos honrosos y deshonorosos (2Ti 2). Ha habido constructores que han edificado con

madera, heno y paja sobre los cimientos estables que fueron colocados (1Co 3).

6. Misterios del Reino y el misterio de la gran Babilonia

En las parábolas del reino, el Señor describe los resultados de Su predicación y de Su ministerio entre el pueblo de Dios. Él ha sido rechazado por Israel como el Rey prometido, pero ahora se encuentra activo como Sembrador de la Palabra. Está continuando esta obra desde el cielo a través de Sus siervos, los apóstoles y otros obreros. El malvado, sin embargo, también comenzó a sembrar, haciendo que el reino se convirtiera en una mezcla del bien y del mal hasta el regreso de Cristo, momento en el que Él mismo ejecutará sentencia cuando llegue la hora de la cosecha.

En la tercera parábola (el grano de mostaza) vemos que el reino, en su forma actual, iba a convertirse en un gran poder sobre la tierra. Y en la cuarta parábola (la levadura) se nos dice que el reino estaría caracterizado por la corrupción que iba a surgir de su interior. Las aves del cielo representan a los espíritus inmundos, y la levadura el mal moral y doctrinal (Mt 13:31-33; 1Co 5:6-8; Gá 5:9).

En las tres últimas parábolas encontramos aquello que tiene un valor especial dentro del reino. El tesoro en el campo y la perla de gran precio representan, respectivamente, al remanente de Israel y la Iglesia del Dios vivo, la que el Señor obtuvo con el precio de Su preciada sangre. La última parábola (la red) muestra el trabajo de los pescadores en los últimos días. La labor de los predicadores producirá la recolección de los peces en buen estado en los testimonios locales. Esto contrasta con

la labor de los ángeles, que eliminarán a los malvados que se hallen mezclados con los justos al final del siglo (Mt 13:47-52).

Existe un paralelismo entre este capítulo y Apocalipsis 2 y 3. El declive comienza cuando los creyentes han dejado su primer amor (Éfeso) y termina cuando Cristo vomita de Su boca a la iglesia tibia (Laodicea). Es realmente extraordinario que la cuarta parábola de Mateo 13 y la cuarta misiva en el libro de Apocalipsis describan los resultados negativos de las actividades de una mujer. En lugar de tratarse de una nueva masa de enseñanza (1Co 5:7), todo es leudado por la doctrina de esta falsa profetisa (Mt 13:33; Ap 2:20). Y en lugar de dedicarse a Cristo, la iglesia corrupta de Tiatira se une a un mundo impío llevada por la idolatría.

El resultado completo lo vemos en el último misterio al que hace referencia el libro de Apocalipsis: la gran Babilonia (Ap 17-18). La descripción de la mujer y de la bestia que lleva su nombre se explica con mucho detalle: «Y en su frente estaba escrito un nombre: misterio, Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra». Cuando Juan la vio, se llenó de asombro y quedó anonadado (Ap 17:5-7). El capítulo 17 retrata el carácter religioso y político de la falsa Iglesia, y el capítulo 18 muestra su poder económico. Luego, en contraste con todo esto, encontramos la verdadera Iglesia, la esposa del Cordero, que aparecerá con Cristo en la gloria después de que haya tenido lugar la cena de las bodas en el cielo (Ap 19-22).

7. El misterio de la restauración de Israel

El fracaso del testimonio cristiano allana el camino, en el trato gubernamental de Dios, para la restauración de Israel. Este misterio también ha sido confiado al apóstol Pablo en su carta a los romanos: «Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión, que el endurecimiento en parte ha sucedido a Israel hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles. Y así todo Israel se salvará, como está escrito: el Libertador saldrá de Sion, y apartará la impiedad de Jacob» (Ro 11:25-26; Is 59:20-21).

Romanos 11 también muestra que en el tiempo actual un remanente de Israel ha sido añadido a la Iglesia (v 5), compuesta de creyentes tanto israelitas como de otras naciones. Aquí vemos el testimonio de Dios en la tierra, el olivo —la promesa de la bendición a Abraham—, del que este es raíz. En Cristo, las bendiciones de Abraham han alcanzado a todos los verdaderos creyentes que comparten su fe en el Dios vivo y son justificados por la fe (Ro 4; Gá 3). Los creyentes gentiles fueron injertados entre las ramas y la fe los mantiene allí. Pero las ramas naturales serán injertadas de nuevo en el árbol si dejan de lado su incredulidad.

Por otra parte, el juicio divino caerá sobre los incrédulos israelitas y gentiles. La facción apóstata de Israel, que irá en pos del anticristo, será castigada con la destrucción eterna de la presencia del Señor y de la gloria de Su poder, cuando Él venga en aquel Día para ser glorificado en Sus santos y admirado entre todos los que creen (2Ts 1 y 2). Como ya hemos visto, la Iglesia apóstata será juzgada y quemada en el fuego (Ap 18:8-24).

Entonces habrá llegado el momento de que Cristo aparezca en gloria con Su verdadera esposa y ejecute el juicio sobre todos Sus enemigos para salvar a Su pueblo llamado Israel. Él y la Iglesia glorificada constituirán el centro de la gloria celestial. En relación con la tierra, la Iglesia se manifestará como la Nueva Jerusalén que iluminará el mundo (Ap 21:9-22:5). Es asombroso ver que la Jerusalén celestial no alcanzará la tierra. Solo las dimensiones de la ciudad prevén que eso es imposible, pues tiene una longitud, anchura y altura de más de 2000 kilómetros. La ciudad celestial seguirá siendo el centro de la gloria manifiesta que brillará desde arriba, y las naciones caminarán en su luz. Sin embargo, el Israel restaurado constituirá el centro de toda la gloria terrenal, tal como lo anunciaron los profetas.

Así, todo permanece en un equilibrio. Cristo y la Iglesia reinarán desde el cielo: la parte celestial del reino. Veremos el cielo abierto y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre (Jn 1:51). Como Mesías de Israel, reconocerá a su pueblo terrenal renacido y renovado, y ejercerá su gobierno desde Jerusalén sobre toda la tierra. Habrá una nueva ciudad y un nuevo templo. Sucederá que el monte de la casa del Señor se establecerá en la cima de los montes y será exaltado sobre las colinas; y todas las naciones acudirán a él (Is 2 y 4; Ez 40-48). Entonces se cumplirá el misterio de Dios, y Cristo será la cabeza de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

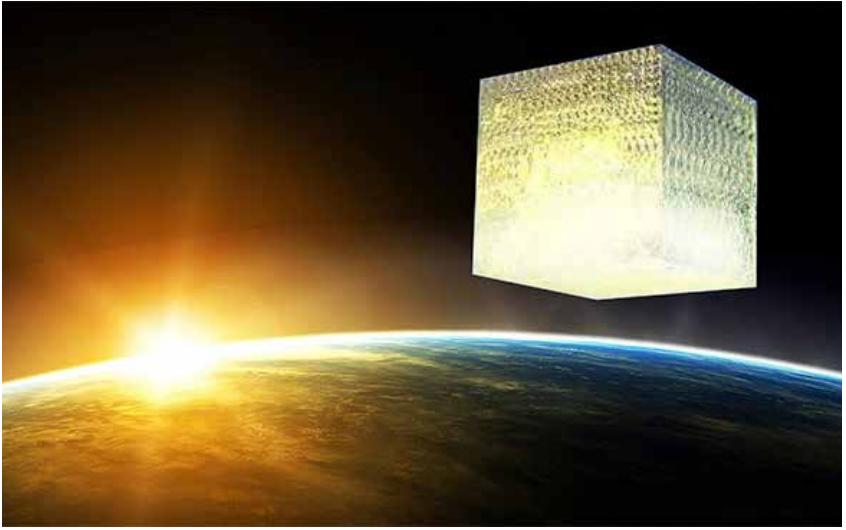


Photo credit:

Cover: Archive OudeSporen

Page 6, 13: Archive OudeSporen

Page 21: Internet multiple sites